

# LA POESÍA PANAMEÑA\*

Por: ROGELIO SINAN

Tendida sobre el istmo más angosto de América, Panamá —puente y cruce de caminos— ha sido siempre el paso obligado de la ambición universal. Por el Norte y el Sur baten sus costas dos océanos por cuya glauca e inestable inmensidad el panameño ve pasar diariamente los numerosos barcos que cruzan el Canal. Este perenne ir y venir de naves lo predispone a la aventura, infundiéndole un gran anhelo de viajar que, psicológicamente, es un deseo de evasión y que, como veremos, constituye una de las características esenciales de la poesía panameña.

La eterna trashumancia de la farándula mundial por su **zona de tránsito** ha ido creando en el hombre panameño, según frase de Octavio Méndez Pereira, **una psicología de pueblo de tránsito**. "Vivimos —decía él— como la Victoria de Samotracia con un pie en tierra y otro en el espacio para emprender el viaje".

Roque Javier Laurenza, al estudiar la influencia del trópico en los poetas modernistas de Panamá, les criticaba su anhelo de evasión, alegando que, deslumbrados por el mundo cromático que los rodeaba, preferían la apariencia a la esencia y se escapaban, imaginariamente, hacia Versailles sobre el cisne del gran nicaragüense; fuga que no justificaba Laurenza ni aun cuando Waldo Frank —citado por él— hubiese procurado explicarla con aquello de que como el calor uniforme y constante funde la carne y la tierra, el hombre reacciona contra su cálido ambiente buscando un intelectualismo de escape.

---

(\*) Cuadernos Americanos, Nº 1, México, Enero-Febrero, 1962.

Desde la época en que Hipólito Taine habló de la influencia del medio físico y social sobre los frutos del espíritu se ha discutido mucho el pro y el contra de esa teoría determinista sin que hasta ahora se la haya descartado del todo. Los ideólogos posteriores a Taine le concedieron más importancia a las relaciones entre el arte y la vida social sin oponerse a la vieja afirmación de que el arte siempre refleja su propia época. Hoy preferimos la idea existencialista, difundida por Ortega y Gasset, según la cual **el hombre es él y su circunstancia**. Todo ello hace pensar que el planteamiento del problema es idéntico y que aún seguimos tratando de despejar la incógnita que ya Buffón había aclarado bastante al afirmarnos que **el estilo es el hombre**. En efecto, lo sustancial en el proceso de la creación artística es la manera como el creador reacciona frente a las cosas. Su sensibilidad **sui géneris** e insular lo hace sentirse como si dijéramos en pleno océano, rodeado de olas a cuyos fuertes embates él responde secretando las mejores esencias de su espíritu. Esa insularidad del artista no lo desliga, claro está, ni del océano que lo nutre ni de los otros elementos que lo circundan. Todo ello no le impide ser libre ni le niega el derecho de imaginar, en su creación, su propio mar, sus propias islas. Los rigores del clima, cálido o frío, más bien le brindan alas a la imaginación. No es, pues, extraño que el artista se evada. Sin embargo, no es siempre la inclemencia del clima lo que produce el choque evasivo, ya que éste ocurre a veces por disconformidad con el ambiente social. Rimbaud deja París y prefiere vagar a la deriva por el Mediterráneo como el **barco ebrio** de su famoso poema. Gauguin también escapa de la urbe luminosa, abandonando hogar y amistades, para emigrar a Panamá donde, sucio de polvo y sofocado por el calor, trabaja como obrero en las obras del Canal. Entusiasmado por la gracia escultural de las negras y por el colorido y gran luminosidad del trópico, pinta allí, en Panamá, las primeras muestras de su arte exótico, primitivismo que completó después de Tahití. Un caso completamente inverso al de Gauguin y Rimbaud nos lo ofrece en América Rubén Darío, quien deja el trópico y escapa hacia París. ¿Qué clima influye en la obra de Darío o de Gauguin? Puede afirmarse que ambos medios influyen en uno y otro artista, ya que si bien es cierto que Darío escribió un tipo de poesía muy parnasiana, simbolista, francesa, no ha de

negarse que toda ella trasciende olor a trópico. Gauguin, en cambio, con todo y su arte primitivo, tropical, exótico, no desligó su espíritu de la sapiente tradición europea.

En su diatriba contra los modernistas panameños, dice Laurenza:

"La grandeza del hombre está precisamente en dominar las fuerzas que quieren derrotarle. Nosotros también..., vivimos en este trozo del trópico inclemente. Sin embargo, luchamos para acercarnos más y más a nuestra tierra para vencerla en su propia entraña o perecer con la satisfacción del esfuerzo. Sinán, que ha viajado por Europa, escribe **La Balada del Seno Desnudo**, llena de sabor tropical. (El poeta Gaspar Octavio) Hernández, en cambio, que no conoce más temperatura que la que sufrimos junto al (cerro) Ancón, habla de la nieve terrible y del granizo que azota el rostro de la amada. De un lado rebelión y posibilidad manifiestas; del otro, sumisión e impotencia, porque escaparse es y será siempre someterse a las fuerzas contrarias".

Laurenza, que escribió **Los Poetas de la Generación Republicana** siendo muy joven, con el claro y decidido propósito de darle impulso e imponer lo que entonces llamábamos poesía de vanguardia, hoy sería menos drástico en sus juicios.

Una cosa es la indagación científica y otra el cateo estilístico. Gaspar Octavio Hernández, poeta de color y de calor, era sincero al cantarle a la nieve y a las rubias, ya que lo hacía no sólo por afán de vanidad literaria, sino porque al hacerlo respondía a sus más íntimos deseos frustrados.

Sin negarle la razón a Laurenza en aquello de que el poeta debe hundir sus raíces en su tierra, debemos aceptar que la creación surge a veces por contraste. Quien está en el desierto ve espejismos de fuentes cristalinas, y quien vive entre montañas nevadas sueña con playas tropicales.

El deseo de evasión no es culpa del artista, sino de mil factores íntimos y circunstanciales. Si el poeta Gaspar Octavio Hernández hubiera residido en París, probablemente habría añorado en sus versos la cálida luminosidad del trópico, y habría evocado el rítmico tam tam de sus tambores y el cuerpo escultural de sus mulatas, tal como le ha ocurrido a Laurenza que, viviendo en París o en otras capitales de Europa, escribe un tipo de poesía, cuyo sabor

cosmopolita no oculta la nostalgia del trópico. Claro que ello confirma su teoría, pero tal vez en Panamá le habría ocurrido a la inversa.

En la primera estrofa de su poema **Carta**, nos dice:

**Yo recuerdo esta noche los paisajes nativos,  
el rostro de mi madre, los ritmos familiares  
y el vaivén soñoliento de los altos palmares  
en espera de justos ciclones vengativos.**

En otra estrofa se deleita evocando ciudades europeas:

**Después, junto a las fuentes musicales de Roma,  
y en un París de fiebre y una Londres de bruma,  
la juventud radiante derramará su espuma  
bajo la invocación de la sensual paloma.**

Termina, confesándonos su esperanza de retornar al Istmo de Panamá, cuya tierra le ha de brindar, como a Anteo, sus jugos nutricios:

**Porque pueden los hombres imitar a Odiseo  
si regresan un día de los mares lejanos  
a la tierra que nutre con sus jugos humanos  
el vigor renovado de los brazos de Anteo.**

La inclemencia del clima, aun influyendo en la poesía panameña de manera directa o por contraste; no es lo que le confiere un carácter distintivo, ya que al fin y al cabo no la individualiza diferenciándola de la poesía de otros países en los cuales confluyen factores climatéricos de orden idéntico al del Istmo de Panamá.

Si existe algo genuino en la poesía panameña es su carácter de permanente rebeldía, su transitismo, su amor a lo fugaz y a las cosas que pasan, su eterno descontento, su latente anarquía, su pesimismo, su búsqueda constante de algo que se ha perdido y sus perenne esperanza de una felicidad que nunca llega. Ese carácter de mesiánico anhelo se lo imprime a la poesía panameña la geopolítica del Istmo, su destino geográfico como nación de tránsito.

Desde los días lejanos de la Colonia, Panamá fue el paso obligado de la loca avaricia. De la enorme riqueza que atravesaba al Istmo ya en las famosas Ferias de Por-

tobelo o, ya en el siglo XIX, durante los Placeres de California, al panameño no le han quedado más que desilusiones y una que otra migaja. El aluvión humano que atravesaba el Istmo iba sembrando, a su paso, vicios, cadáveres y sueños. El hombre de la tierra no tenía otro remedio que resignarse a perder, enajenadas, sus más queridas ilusiones. El remanente de todo aquel desfile carnavalesco era la eterna hilera de cruces que, respunteándola, señalaban la ruta interoceánica como un surco debidamente arado. De la semilla humana allí sembrada renace la esperanza. Y es esa la razón de una alegría, casi forzada, con la que el pueblo panameño sigue a la expectativa de un mesiánico desfile de Reyes Magos aun a sabiendas de que los Reyes Magos llegan ahora con ametralladoras en señal de conquista.

De allí que la poesía panameña, cansada de esa eterna esperanza que siempre la defrauda, ame lo que huye, lo fugaz, lo inasible, simbolizando con ello no sólo la añoranza de esas cosas que pasan y se alejan, sino también un sentimiento de rebeldía, ya que lo que huye hace pensar en la libertad. Aun las aves que pasan dan la impresión de que se sienten felices. ¿A dónde van? El rumbo es lo que menos interesa al poeta. Lo importante es el hecho de que sean libres. Nos lo dice Ricardo Miró en dos de sus versos:

**Yo siento la infinita desventura  
de amar lo que se va, lo que se aleja.**

Ese amor a lo que huye, que es, como he dicho, anhelo de liberación, podría achacarse no sólo a la citada psicología de tránsito, sino a una especie de complejo de claustro, por lo menos en los poetas que aplaudieron el gran debut de la República. La ciudad de Panamá, por hallarse casi incrustada en la Zona del Canal, tiene contornos muy limitados. Antiguamente la circundaba una alta y gruesa muralla que enrarecía la atmósfera. El único refugio contra el calor sofocante era el ya mencionado cerro Ancón, situado al otro lado de la muralla. En los agrestes rincones del cerro se daban cita chicos y grandes, costumbre que siguió predominando aún en la época en que ya las murallas de la ciudad no existían. La centuria romántica hizo del cerro Ancón grato refugio de enamorados y de grupos alegres. Pero de pronto surgió lo inesperado, lo fatal: el destino

manifiesto. Según el **amigable** Tratado que se firmó para la construcción del Canal, por los EE.UU., Panamá le cedía a esta nación una gran faja de tierra. En esa **zona** quedó incluido el cerro que, por su posición estratégica, fue desde entonces como una especie de tabú. Ya los enamorados no podían frecuentarlo, sobre todo porque su gracia y su paisaje se iban como **alejando, enajenados**, a medida que le aplicaban la cirugía plástica mecanizada. Sus rincones umbríos, sus claras fuentes, su tupida arboleda, todo fue desapareciendo bajo el seguro impacto de los **bulldozers**. Cuando, tras cierta ausencia, la poetisa Amelia Denis de Icaza regresó a Panamá, quedó afligida ante aquel cerro que ya no era el Ancón de sus mejores recuerdos. Reintegrada a Managua, donde tenía su hogar, escribió su delicada elegía **Al Cerro Ancón**, cuyo mérito principal consiste en haber sido el primer brote de un antiimperialismo que dejaría semillas y ubérrimas cosechas.

Todo el poema de Amelia Denis de Icaza es un monólogo en el que la poetisa evoca al cerro como si dialogara con él:

**Ya no guardas las huellas de mis pasos,  
ya no eres mío, idolatrado Ancón.**

Le inquiera por sus árboles y flores; por el claro chorrillo en que apagaban su sed los enamorados; por el árbol de la cima, en cuyo tronco grababan sus nombres... Todos los mil primores que lo adornaban han desaparecido, pero, ¿de qué valdría que aún existiesen ya que ahora el cerro pertenece a un extraño? Sigue evocando instantes de su infancia en los que el cerro casi aparece como un dios tutelar, cuando ella, adolescente, jugaba a la sombra de sus árboles oyendo el trino de los pájaros. Su nostalgia le infunde el gran deseo de retornar a la Patria, para mirar la cima del cerro **desde lejos**, pues, aunque sigue amándolo, ella sabe que ya el cerro no es suyo, no es panameño, porque ahora pertenece a un extraño.

Rubén Darío, que ya había escrito su **Oda a Roosevelt** y que fue amigo de la poetisa mencionada, pasó por Panamá dos o tres veces. Fue recibido por los poetas jóvenes de la época, y dejó entre ellos la semilla del movimiento iniciado por él.

El genuino representante del modernismo en Panamá es el poeta Dario Herrera, que emigró desde joven y anduvo errante casi toda su vida por diversos países. Formó parte del grupo primigenio del modernismo en Buenos Aires y allí adquirió prestigio como artífice de la prosa modernista, según lo afirma Max Henríquez Ureña en su **Breve Historia del Modernismo**.

Dario Herrera es el más señalado prototipo de la manía evasiva ya mencionada. Vivía errante de ciudad en ciudad, huyendo de algo o en busca de sí mismo, en una eterna agonía que llegó a quebrantarle la razón. Hombre de muy extensa cultura, tradujo al castellano poemas de diferentes idiomas europeos. Escogía los que mejor se adaptaban a su vida errabunda y los recreaba, parafraseándolos. Así ocurre con la **Canción de Otoño**, de Verlaine, en la que él mismo se siente reflejado en esa hoja muerta que el viento del otoño lleva sin rumbo definido:

**Los sollozos, largos lentos  
de los vientos  
en las tardes otoñales,  
van resonando en mi alma  
con la monótona calma  
de los toques funerales.**

**Todo lívido y convulso,  
obedeciendo al impulso  
del quebranto,  
de mis antiguas historias  
siento llegar las memorias  
humedecidas de llanto.**

**Y a un viento malo, sin rumbo,  
voy marchando tumbo a tumbo  
por mi existencia desierta,  
como al hálito glacial  
la hoja muerta.**

Cuenta Edelberto Torres, en su **Dramática vida de Rubén Darío**, que en un banquete que los intelectuales le ofrecieron a Darío en Panamá, el poeta **nacional** Ricardo Miró leyó unos versos dedicados al gran nicaragüense. Lo de llamarlo poeta nacional es un aserto, pues Miró es, sin ambages, el poeta más representativo de la nacionalidad

panameña por ser su obra la más ligada al suelo y al destino del Istmo. Todo lo que huye, lo fugaz, lo que pasa, halla en su verso el símbolo del ala: garzas, gaviotas, guacamayas, aves en fin, que cruzan el espacio y que se pierden en la infinita lejanía. Todo se esfuma, la luz lunar, las olas... Todo parece destinado a alejarse... Al poeta sólo le queda su nostalgia. Basta ojear sus poemas, aunque a la ligera, para verificar la frecuencia con que acude a su mundo imaginario el tema del devenir eterno y de la fugacidad de la vida.

**Hermano: recuerda que debes partir!..  
¿El día?... ¡No importa!.. Es fuerza seguir  
hacia la celeste cinta del camino.**

En un poema dedicado a **Las garzas**, exclama:

**Las garzas me enamoran... son lo que huye,  
lo intocado, que vuela y se evapora;**

Y en otro:

**Las gaviotas van, ebrias de bruma...**

En uno de sus sonetos, él mismo se compara a una cansada gaviota que inútilmente trata de darle alcance a la bandada fugitiva. Y en otro, escrito en versos alejandrinos, las guacamayas pasan sobre el Istmo **como rotos pedazos / de una bandera en alas de violento huracán**. El poeta imagina que estas aves proceden de Nicaragua. Por eso las supone **dos póstumos sonetos de Darío / de paso, por mi patria, hacia la eternidad**.

Las mujeres también, como las aves, como todo en su vida, pasan junto a él y huyen:

**Voló como la garza; voló cual la gaviota;  
como la nube errante, como la errante nota  
que llegan, se detienen y siguen en el viento  
dejando la inquietud en nuestro pensamiento.**

Aun las calles simbolizan para él el triste cauce por donde la existencia discurre hacia su lógico fin:



**¿A dónde fue?... ¡quién sabe!... Se fue tal como vino  
a cumplir la consigna fatal de su destino;  
a rodar por las calles, tal como rueda una  
moneda, o como cae en un charco de luna...**

Todo discurre, todo fluye. Fijo al margen de ese eterno fluir, él lo contempla detenido en el tiempo. Mientras más se distancian las cosas más enraizado se siente él a su tierra. Bien sabe él que su Patria es pequeña, tan pequeña que cabe toda entera bajo la sombra del pabellón. Por eso, al evocarla desde tierras lejanas, le dice en su nostalgia:

**quizás fuiste tan chica para que yo pudiera  
llevarte por doquiera dentro del corazón!**

Contemporánea de Miró, la poetisa Zoraida Díaz se angustia buscando lo inasible, lo inaferrable y, empecinada en su búsqueda, prefiere disolverse, esfumarse, tal como lo proclama en su fino madrigal **DESEOS**:

**¿En dónde estás, alma mía,  
que no te puedo encontrar  
ni en el cielo, ni en el mar,  
ni en mi constante agonía?**

**Quiero ser rosa... botón;  
ser encaje, rosicler,  
ser todo... menos mujer  
con memoria y corazón.**

**Ser ola muerta en la playa,  
ser rosa que se desmaya  
después de vivir un día.**

**Ser toda yo pensamiento  
y disolverme en el viento  
en busca tuya... ¡alma mía!**

En un estudio más detenido y extenso de la poesía panameña, sería preciso mencionar los nombres de Nicolle Garay, María Olimpia de Obaldía, Ana Isabel Illueca, Teresa López de Vallarino, Rosa Elvira Alvarez, Eda Nela, Esther María Osses, Stella Sierra, Matilde Real, Elsie Alvarado, Ercilia Ramos, Moravia Ochoa López y Diana Morán.

La sensación opresiva es tópico frecuente en los poetas de Panamá.

Demetrio Fábrega, que era profesional de prestigio y hombre de posición holgada, se siente, aun así, prisionero, agobiado, esclavizado, y nos lo dice en su poema **Liberación**:

**Voy atado a la Vida como bestia a la noria,  
pisando, a cada vuelta, sobre mi propia huella**

Demetrio Korsi, que representa la transición a la poesía actual, acidula su angustia y se vuelve satírico:

**Panamá la fácil, Panamá la abierta,  
Panamá la de la Avenida Central  
que es encrucijada, puente, puerto y puerta  
por donde debiera entrarse el Canal.**

**Movimiento. Tráfico. Todas las cantinas,  
todos los borrachos, todos los foxtrots,  
y todas las rumbas y todos los grajos  
y todos los gringos que nos manda Dios.**

En otro poema dedicado a Panamá, dice:

**Este eslabón del Continente  
es mi tierra natal,,**

.....  
**¡Y es uno de los objetivos  
de los que forjan servidumbres en nombre  
[de la libertad!**

Casi puede decirse que el tema de la muerte lo inicia en la poesía panameña Demetrio Korsi, y lo inicia de manera satírica:

**Lo gris se vuelve lluvia por la noche,  
y esos muertos quisieran un gabán  
para arropar sus sueños bajo tierra.**

Como él era gran entusiasta de José Santos Chocano, tal vez se inspiró o por lo menos se le ocurrió la idea del tema, leyendo esta curiosa diagnosis literaria de la ciudad de Panamá, escrita por el poeta peruano en 1901: "El hervor con que en sus calles los múltiples viajeros se entrecruzan, lle-

vando su equipaje, desdobra el trajín macabro de sombras humanas que sin saber cargasen al hombro sus propios ataúdes... Tal aspecto transitorio de la vida, que en Panamá se me ofrece por primera vez, es en gran parte fúnebre; pero en gran parte también reacciona de manera epicúrea, en el placer bullicioso y apresurado que se burla de la muerte imprimiéndole carácter carnavalesco a la vida... Panamá vive toda la poesía del festín de Trimalción; porque sabe, con su experiencia de ciudad de tránsito, que las cosas humanas pasan, 'como las ondas, como las velas, como las sombras'".

Los temas de la **muerte** y del **tiempo**, como sinónimos de tránsito, de devenir eterno, de libertad, son frecuentes en varios de los poetas actuales. Basta echarle una ojeada a los títulos de diversos poemas. De Ricardo J. Bermúdez, **Presencia de mi padre a los veinte años de su muerte**; de Tristán Solarte, **En el oncenno aniversario de la muerte de mi madre** y **Aproximación poética a la Muerte**; de Tobías Díaz Blaitry, **Elegía a un muerto**; de José Guillermo Ros Zanet, **Elegía materna**, **Elegía paterna** e **In Memoriam**; de José Franco, **Elegía a un pueblo**; y de Guillermo Luciano Sánchez, **Soneto para mi novia, la Muerte**.

Con Ricardo J. Bermúdez el tema de la muerte se torna filosófico, y su esperanza de paz y remisión parece que se anuncia con los acentos cromáticos de un rojo amanecer pleno de sangre:

**Rojo ha de ser el estupor naciente  
batiendo entre la sangre de los muertos  
su infinita bandera de esperanzas  
cuando la aurora diga su mensaje  
de luces tras la noche del martirio.**

**Si la espera es tan larga como un río  
dando vuelta entre mares y montañas,  
las raíces de amor serán más hondas  
y las manos opacas de la vida  
se abrirán como pétalos del cielo.**

Sobre el libro **Laurel de Ceniza**, de Ricardo J. Bermúdez, ha dicho Agustín del Saz lo siguiente: "Pensar en la muerte es pensar en la libertad. Tal es el concepto sintético de los complejos cantos sobre el laurel y la ceniza. El río —vida— que conduce a la mar —muerte—; tal la eterna sabiduría'".

Leamos versos de los otros poetas mencionados.

De Tristán Solarte:

**La arboladura amarga de la muerte  
asciende por la noche bajo el cielo.**

.....  
**De pronto en una noche de implacable  
silencio inmenso, manos descarnadas  
buscando flores salen de sus tumbas.**

En su **Aproximación poética a la Muerte** trata el macabro tema de modo irónico:

**Frente a la muerte sólo morir se cabe  
y al muerto sólo le queda  
gozar su muerte en paz.**

Tobías Díaz Blaitry presiente a la Muerte:

**(Adentro mis espejos  
reflejan el pedazo que me duele,  
y saltan como locas campanadas  
en guerra hasta la muerte).**

José Guillermo Ros Zanet también escribe un tipo de poesía toda impregnada de imágenes alusivas al Tiempo, a la Muerte, a la Esperanza y a la Desesperanza. Leamos versos sueltos de su libro **Poemas Fundamentales**:

**¡Allí los implacables secretos de la muerte!**

.....  
**porque nada detiene al tiempo  
en su rojo fluir irremediable.**

.....  
**Hoy te busco en el tiempo,  
más allá de la muerte y la distancia.**

.....  
**Desata el viento su rosal de gritos  
y crece el agua en el cristal del tiempo.**

.....  
**amaneció su nombre cubierto de esperanzas y adioses.**

He aquí cómo refluyen esos temas en la poesía de Eduardo Ritter Aislán:

**Símil exacto de galante muerte  
el destino menguado de la ola.**

.....  
**¡Eres un espejismo doloroso  
en la irisada lasitud del tiempo!**

.....  
**Un desvelo de río  
bajo la incandescente  
mordedura del tiempo.**

Demetrio Fábrega (el joven), también desea esfumarse,  
diluirse:

**¡Me voy de mí, me voy por el olvido!**

Y se siente rodeado de una zarabanda de muertos:

**Veo muertos y muertos,  
muertos una vez y muertos nuevamente,  
muertos formando filas oscuras y viscosas  
para entrar en la muerte como un río callado.**

Antonio Isaza A., nos da una clara imagen del tiempo  
en este lúgubre **Retazo de eternidad:**

**El carro de los tiempos  
no cesa en la parada.  
Presiento más caminos...  
Muy corta es la jornada.**

**La flor... el fruto: todo.  
Y ¿qué será la nada?  
Yo no quiero llegar,  
yo quiero ir...**

Lucas Bárcena nos brinda su total desencanto de la vida:

**Pero todo es lo mismo. Sólo el tiempo pasado  
lleva el zumo de todo lo que quisimos ser.  
La risa de las horas en los relojes gira  
maquiavélica y tímida, desdeñosa y cruel...**

**Cuando se apague el mar no tendremos más gritos  
ni más caminos fáciles para ir a soñar.  
Sólo del tiempo queda el polvo en los caminos  
y el espejo bruñido de un cielo sin igual...**

Mario Augusto (Rodríguez) tiene un hondo y extensísimo poema dedicado a la total peripecia del destino de Panamá intitulado **Canto de amor para la patria novia** del que entresaco versos sueltos relativos al tránsito de la avaricia humana a través del Istmo y a través de su historia:

**Estandartes y cruces  
señalaban el rumbo de sus pasos.  
por los rojos caminos de la sangre.**

.....  
**el dolor, el hambre, la miseria,  
perduran tu tatuaje en la distancia  
del tiempo que se estira como un río.**

.....  
**El celeste botón de la esperanza,  
sangró tu seno virgen desgarrado.**

Desde sus predios montañosos, el poeta Francisco Changmarín clama su angustia como un profeta antiguo en su **Oda al desconcierto superhumano:**

**Truenos, rayos y voces, porque Dios está bravo, hijo mío.  
En el cerebro del cielo ruedan los carros con bueyes heridos.  
Y rugen los perros de los ángeles. Y quiebran los arcángeles  
(sus cirios.**

**Y los arcoiris no quieren beber el agua del mar en el  
(ombligo.**

**Y ya Dios no cree que lleva en la cabeza ni luces ni lirios,  
porque Dios está bravo y patatea con sus plantas de nubes  
(en delirio.**

**Ha de llover seguramente. Ha de llover la rabia de Dios  
(sobre los ríos.**

**Yo cerraré las puertas. Que Santa Bárbara bendita en su  
(designio  
nos libre del mal de la tormenta, amén.**

Provinciano también y enraizado a la tierra, José Franco, busca asimismo, en el eterno fluir del río, los símbolos de la muerte y del devenir eterno:

**Allí junto al barranco murió el río  
como camino viejo, abandonado.**

**Es la muerte. La misma muerte. Siendo  
el Dios absoluto, el fin; huyendo  
por la abertura helada del olvido.**

Otros poetas nativistas, Moisés Castillo y Santiago An-  
guizola, nos envían desde el campo su escepticismo en sus  
poemas **Romance de las Carretas** y **Torcaces**, respectiva-  
mente.

Limitaciones de espacio y tiempo me impiden extender-  
me sobre la obra de poetas jóvenes como Roberto Luzcanda,  
José Antonio Moncada Luna, Víctor M. Franceschi, Carlos  
Wong, Aristides Martínez Ortega, Enrique Chuez, César  
Young Núñez, Pedro Rivera, Alexis E. Robles y Arnoldo Díaz  
Wong.

Y quiero concluir esta glosa sobre la actual poesía pa-  
nameña, refiriéndome a uno de los poetas que más supo  
apercarse a la vida humilde y sencilla del hombre que tra-  
baja y que sufre, y a la paupérrima vida de la ciudad. Me  
refiero al poeta Demetrio Herrera Sevillano, quien vivió  
y murió en la más desgarradora pobreza.

He aquí cómo nos pinta con brochazos violentos la sen-  
sación de angustia y de rutina que dan los patios pobres:

**Zonzos  
de calor y noche,  
pasan cuartos...  
cuartos...  
cuartos...**

**Cuartos de la gente pobre  
con sus chiquillos descalzos.  
Cuartos donde no entra el sol,  
que el sol es aristocrático.**

Ya dije, al comenzar estas notas, que el pueblo pana-  
meño sabe hacer de su capa un sayo y se alegra con bastante  
frecuencia, aunque el destino no le haya sido muy benigno;  
pero dije también que esa alegría, aparente, sólo oculta la  
lámpara votiva de una esperanza. El panameño siempre  
anda ojo avizor y está alerta, convencido de que de hoy a  
mañana puede llegarle, sorpresivamente, la alegría, la ri-

queza. Por eso apenas oye el tam tam de los tambores, susulta y se echa a andar a la búsqueda de esa señal mesiánica.

En efecto, suena el tambor, y el poeta José Adolfo Campos nos dice:

**El tambor rompe en la noche  
se queja doliente y rara,  
la voz se orienta hacia el llanto  
sin saber a dónde ir...**

¿A dónde ir? ¿Dónde hallar la alegría? Es la pregunta que Ricardo Miró se hace en sus versos mientras la voz lejana de su esperanza vibra en el aire como un eco que lo incita a seguir tras el sonoro espejismo:

**¡Ilusión que el labio mientel...  
¿Dónde estará ese Tambor  
donde no flote el dolor  
sobre el cantar de la gente?  
¿Dónde, dónde, vida mía,  
si son nuestros goces breves  
cuán larga nuestra agonía?...  
Y sobre las alas leves  
de la brisa que venía,  
la dulce voz repetía:  
—Yo quiero que tú me llesves  
al Tambor de la alegría.**